

Centenario de Rafael Bernal (1915-2015)

Por selva, milpa y mar: la literatura y la diplomacia extraordinaria de Rafael Bernal 1915-1972*

Alfonso de María y Campos

Para Idalia Villarreal y para todos los hermanos, hijos y sobrinos de Rafael Bernal. En particular, Rafael Bernal Arce y Carlos Bernal Vereá.

Los “GP”

Rafael Bernal y García Pimentel nació en la ciudad de México el 28 de junio de 1915. En ese año la famosa generación de los Siete Sabios iniciaba su ascenso en la vida nacional. Fueron sus padres don Rafael Bernal Bernal y doña Rafaela García Pimentel y Elguero. Por rama paterna, la familia tenía varias haciendas pulqueras en el Estado de México, de las cuales obtenía un fuerte beneficio, que desapareció con la llegada de la Revolución mexicana. Del lado materno, sus antepasados —tanto los García Pimentel como los Elguero— habían sido todos ricos propietarios y muy destacados hombres de letras del siglo XIX mexicano.

Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), bisabuelo de nuestro Rafael Bernal, sumó a sus miles de hectáreas en el campo varias decenas de libros salidos de su pluma. Investigador, historiador de México y lo mexicano, García Icazbalceta heredó a su hijo Luis García Pimentel (1855-1930)

* Versión revisada, iconografía incluida, del texto publicado en *Escritores en la diplomacia mexicana*, t. 2, AHD-SRE, 2000, pp. 205-237.

ambas riquezas, que éste supo incrementar al convertir en empresas azucareras las haciendas de Tenango y Santa Ana en Morelos, así como al publicar materiales inéditos de su padre y otros que fueron resultado de sus propias investigaciones. Casó Luis García Pimentel con Susana Elguero y Pérez Palacios; entre sus hijos se contaría a Rafaela García Pimentel y Elguero, futura madre de Rafael, así como a Joaquín (1880-1943), Luis (1885-1950), Lupe, que se casó con Enrique Corcuera, y Lola, quien a su vez se casó con otro rico propietario, Antonio Riba Cervantes, *Tono*, cuya famosa hacienda La Gavia, en el Estado de México, haría las delicias de su sobrino Rafael. Toda vez que Lola y *Tono* Riba no tuvieron hijos, heredaron parte de sus bienes a sus sobrinos Bernal y García Pimentel. Esto es, lo que quedó de La Gavia después de la expropiación agraria del sexenio de Lázaro Cárdenas, que, de 120 000 hectáreas de bosques y tierras arboladas, se redujo al casco de la hacienda y 234 hectáreas.¹

La otra rama materna, los Elguero, constituía una vertiente igualmente culta, rica y católica. Basta recordar al ilustre abogado y ministro de Comonfort, don José Hilario Elguero (1815-1867), quien se unió en matrimonio a doña Rafaela Pérez Palacios y cuya descendencia incluyó, además de la ya mencionada abuela de Rafael Bernal, Susana, a sus hermanos: Paz, esposa de Mauricio de Maria y Campos Castro, Luis y Rafael, dos solteros de inmensa cultura, abogados y bibliófilos, María, la más pequeña, que también quedó soltera, y el mayor de todos, José Hilario hijo, propietario de grandes fincas urbanas en la ciudad de México y en el vecino pueblo de San Ángel. Fue en la casona de esta última localidad donde, entre 1911 y 1920, solían refugiarse de los sustos revolucionarios de la capital sus sobrinos nietos Bernal y García Pimentel. Coincidirían con ellos por largas temporadas en esa casona de “refugio” ubicada en la calle de Amargura con su inmensa biblioteca y su casita de campo anexa, llamada en francés *L'Auberge de l'Ange Gardien* (El albergue del Ángel Guardián), los nietos

¹ Xavier Guzmán Urbiola, *Hacienda La Gavia*, México, Xul Servicios, 1998, p. 34. El autor de esta pequeña historia de La Gavia relata cómo, el 19 de septiembre de 1936, el presidente Lázaro Cárdenas se apersonó para encabezar el acto de distribución de tierras.

de Paz Elguero, hermana de José Hilario y Susana: Mauricio y Lola de María y Campos, ambos hijos del arquitecto Mauricio de María y Campos Elguero (1880-1912) y primos segundos de los Bernal García Pimentel. Por entonces, Rafael Bernal era un infante pero, entre juegos, pastorelas, libros (disponía de una de las más extensas y ricas bibliotecas de clásicos grecolatinos e hispanomexicanos), nanas, cuentos y excursiones a Tenango y sobre todo a La Gavia, construía a la vez su mundo imaginario. Era éste, el de un digno “GP”, que para una extensa franja de la alta sociedad mexicana era una forma de ser, de vivir y, sobre todo, de pensar al estilo “GP”. Esto es, de la *gente pensante*, además, de rica y católica. La tía Lola García Pimentel llamaba a este estilo el del “lujo hacia dentro, el lujo de saber, no de tener”.²

Por lo que se refiere a las haciendas del abuelo materno en Morelos: Tenango, Santa Clara y San Ignacio, concentraban más de sesenta y ocho mil hectáreas dedicadas al cultivo de la caña de azúcar, incluidas obras de riego y la parte fabril que antes de la Revolución era la más importante del estado de Morelos, entonces el cuarto productor mundial de azúcar. Pero además esta región alojaba una sugestiva veta literaria. En efecto, según nos relata John Womack, biógrafo de Zapata y quien glosó también las memorias y correspondencia inéditas de Luis hijo —tío de Rafael—, la vida rural antes y después de la Revolución, entre 1906 y 1920, es un material rico y novelable. Basta leer alguno de los pasajes memoriosos del tío Luis dirigido a sus hermanos Joaquín, Lola y Rafaela, esta última madre del escritor y diplomático, para comprobar que aparecerían de nuevo, 30 años después, en las fuertes y realistas novelas rurales de Rafael Bernal.

En todo caso, para seguir con el origen de las imágenes literarias, veamos cómo se expresaba —según Womack— el tío Luis poco antes de que naciera Rafael Bernal:

La política de concentración [señalaba al referirse al general huertista Robles, responsable de la lucha contra el zapatismo en Morelos] era

² *Ibid.*, p. 34. Por cierto, Guadalupe Loeza habla de los GCU, que sería una versión posmoderna del más intelectual “GP” o gente pensante de la época de Rafael Bernal.

una farsa. Los federales, finalmente, no pudieron ni despoblar las aldeas y pueblos. Cuando los aldeanos veían llegar a una columna que venía a desalojarlos, huían a los montes y barrancos; y después que la columna había saqueado sus casas y abandonado el lugar, regresaban a ellas.³

Los García Pimentel estuvieron entre los últimos hacendados que salieron al exilio en 1914 y los primeros en volver en 1920 para reclamar a Carranza sus “bienes intervenidos”. Esto sólo ocurrió gracias a que Obregón quería arrebatarse el poder de la zona al general Pablo González, quien con sus militares mal explotaba los ingenios azucareros de los porfirianos.

De los hacendados del estado, sólo los dos García Pimentel jóvenes, Luis y Joaquín, habían presenciado personalmente las desgracias y las destrucciones que Robles había causado antes, y sólo ellos se daban cuenta de que al atacar a los aldeanos como si fueran rebeldes habían creado más rebeldes: los “procedimientos” de Robles, decía Luis, el joven, eran no sólo torpes, sino completamente contraproducentes y odiosos.⁴

El conflicto adicional de los dueños de Tenango se acentuó porque no sólo se negaban a dejar sus propiedades, sino que habían utilizado todo tipo de estrategias para conservarlas: desde negociar directamente con los zapatistas, hasta organizar, contra cualquier tipo de grupo hostil, incluidos los federales, “una guardia privada compuesta de diez soldados japoneses, al mando de un oficial francés”.⁵

Para cuando los tíos García Pimentel recuperaron en 1920 sus haciendas e ingenios en Morelos, que encontraron destruidos, y se dieron de

³ John Womack, *Zapata y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1969, pp. 165-166.

⁴ *Ibid.*, pp. 159-160.

⁵ *Ibid.*, p. 180.

inmediato a la tarea de reiniciar su completa producción, Rafael Bernal tenía apenas cinco años de edad, pero ya disfrutaba ocasionalmente en ellas del caballo y del campo, como lo hacía regularmente en La Gavia desde 1917, cuando sus otros tíos pudieron regresar y en donde la cacería era uno de los principales pasatiempos de su padre, Rafael Bernal, de su tío *Tono* Riba y de algunos amigos como Eduardo N. Iturbide, de Michoacán. Nos cuenta este último, gobernador del Distrito Federal en 1914 y firmante de los Tratados de Teoloyucan que permitieron a Álvaro Obregón tomar posesión de la capital de la República en nombre del primer jefe Venustiano Carranza:

Tenían en la hacienda de La Gavia, al pie del Nevado de Toluca, una jauría de cien perros, perfectamente adiestrados para la cacería de venado, y era una delicia esperar en los puestos en los que nos colocaba el viejo caporal Adelaido, en aquellos admirables bosques vírgenes, donde se respiraba la vida y era tan tupida la arboleda, que no penetraba ni la luz del sol. [...] Tenían a media hora de la capital, en el lago de Texcoco, el rancho del Peñón, formado por cuatro o cinco bordos cubiertos de “tule”, un buen tiradero de patos, tan bueno que hubo vez en que salimos del Jockey Club a las 3 p.m., cuatro escopetas (*Tono* y Guillermo Riba, Bernal [papá] y yo) y para las 6:30 p.m. habíamos cobrado ya 600 patos. [...] Poseía nuestro grupo todos los récords de cacería de la República y una afición loca, así como en propiedad algunos de los mejores cotos y estrecha amistad con los dueños de haciendas donde había buena caza, que nos dejaban, sin estipendio alguno, “darle gusto al dedo”, como decía *Tono* Riba.

Hoy [1941], el Peñón es un pedazo de tierra salitrosa y eriazo, que no produce ni tules; los indios agraristas dejaron cegar los pozos artesianos, que mantenían los charcos llenos durante el estío, abandonaron los bordos y espantaron a los patos, matándoles bárbaramente con “armadas” contra todas las disposiciones del Departamento de Caza y Pesca. Cuando paso por allí, sobre

la carretera de Puebla, vuelvo la cara para no tener que ver aquel lugar que tanto quise, muertos mis amigos del alma y perdidos todos sus derechos, para bien de nadie. ¡Así es la vida!⁶

Más allá de la “íntima tristeza reaccionaria” en “épica sordina”, como bien diría el poeta López Velarde, propia de los ricos hacendados porfiristas de raigambre católica, no cabe duda que muchas de estas historias de familia alimentarían la prosa de contenido sinarquista y rural de la primera etapa narrativa de Rafael Bernal. Fue éste, sin duda, el origen de muchas de las imágenes literarias que tan magistralmente nos legó el diplomático Rafael Bernal. Un verdadero escritor “GP”.

Primer interludio en el extranjero y autoexilio en la selva

Poco después de la muerte de su abuelo materno, Luis García Pimentel, en 1930, al término de la guerra cristera en México, el quinceañero Rafael Bernal salió a Montreal, Canadá, para estudiar su bachillerato en Filosofía y Letras en el Loyola College de los jesuitas. Fue ahí donde aprendió y perfeccionó los idiomas inglés y francés que habrían de sustentar su carrera diplomática. Después regresó a México para concluir sus estudios preparatorios en los colegios Francés de San Borja y en el Instituto de Ciencias y Letras, ambos de la ciudad capital.

En 1933, con sólo dieciocho años de edad, Rafael Bernal decidió probar fortuna en Chiapas con el famoso “oro verde”: el cultivo del plátano. Si bien el resultado fue un rotundo fracaso en lo económico, que él, con su ingeniosa ironía “GP” recordaría después: “¡qué oro verde ni que nada, puro loro verde fue lo que encontré!”; en lo intelectual y lo humano mucho fue lo que aprovechó con este autoexilio en la selva chiapaneca. Al rico patrimonio de imágenes bucólicas de Tenango y La Gavia, ese

⁶ Eduardo Iturbide, *Mi paso por la vida*, México, Cvltvra, 1941, pp. 73-75.

campo del México del Altiplano, vino a sumar la exuberancia y crueldad de la costa, la sierra y la selva chiapanecas. Éstas le dieron un material riquísimo que supo explotar durante muchos años en cuentos, novelas y obras de teatro. Su estancia en el sureste mexicano se prolongó tres años, hasta 1936.

Fue ésta, sin duda, una oportunidad para perderse en la selva, alejarse de la “civilización” y encontrarse consigo mismo y con Dios. Beber, fumar y abrir los sentidos para conocer el mundo brutal de la selva y sus horrores. Hasta Chiapas, cuenta la tradición familiar, fue su queridísima hermana mayor Lola Bernal de Yturbe para arrancarlo del influjo destructor de la selva que amenazaba con enloquecerlo. Recrearía esta experiencia el protagonista de su futura novela de ciencia ficción, *Su nombre era muerte* (1947), un misántropo alcohólico refugiado en un caríbal lacandón que sólo saldrá parcialmente de su sopor etílico y su marasmo intelectual y religioso al decodificar el zumbido de los mosquitos, su lenguaje, y comunicarse con ellos para planear el sometimiento de la terrible raza humana que lo ha condenado al ostracismo. Sólo el amor por una antropóloga y el encuentro final con Dios evitarán que se cumpla ese malévolo plan, así se traduzca esto en un fracaso personal.

Europa y una denuncia literaria de la barbarie en la ciudad, el campo y la selva

Arrancado de los horrores de la selva, que, como él bien sabía, todo lo destruye, Rafael Bernal regresó a la ciudad de México y coqueteó con la idea de estudiar alguna carrera universitaria, como Derecho o Filosofía y Letras, y siguió algunos cursos, pero decidió entonces ir a probar fortuna a Europa. Más tarde, en su edad madura como diplomático, lamentó no contar con una carrera universitaria, “con los papeles al menos”, que le permitiera convertirse en académico, profesor e investigador. Hacia fines de la década de los años treinta, colaboró como guionista en dos películas de la naciente industria del cine mexicano. Con lo ahorrado, partió a Europa a estudiar, escribir y abrirse nuevos horizontes.

Llegó pues a París, donde estudió cinematografía, lo que le serviría para elaborar luego sus guiones dramáticos y de radio y televisión. También trabajó en el periodismo y enviaba regularmente crónicas y artículos para periódicos de México como *Excélsior* y *Novedades*. La Segunda Guerra Mundial había comenzado y poco antes, en una visita a Berlín, según relata su familia, fue testigo de Hitler frente a las masas del pujante nacionalsocialismo. Todo esto habría de dejar una viva impresión en el joven veinteañero. También conoció Nueva York y más tarde la costa oeste, Hollywood, “la Meca” del cine, donde también probó fortuna como guionista y se acercó a actores como Dolores del Río y Jorge Negrete.

En 1941 publicó su primera obra literaria formal bajo el título de *Federico Reyes, el cristero*, en la serie *Prosas Breves* de la editorial Canek, que fundó con José Muñoz Cota. Se trata de un elaborado pero eficaz poema narrativo, una especie de corrido, lleno de imaginación popular y religiosa que canta el drama de los cristeros y en el que el protagonista es un hombre “rápido en el combate y lento en el consejo”:

Los ocotes ahumaron el nicho de la Virgen de Guadalupe,
mientras los corridos se torcían en las cuerdas de las guitarras.

Las barbas ahogaron las maldiciones y el rebozo tapó mil
llones de bocas, pues los corridos lloraban en la sangre y rugían
en la injusticia.

¡Libertad!, gritaron las notas agudas y los bajos gritaron ¡Armas!

Federico Reyes sintió la necesidad de rebeldía.⁷

Dos años más tarde, en 1943, ya de regreso en México, Bernal pasa de la denuncia cristera al grito anticapitalista. El tema no puede ser más cosmopolita, la ciudad de Nueva York; pero el tono es crítico y desgarrado,

⁷ Rafael Bernal, *Federico Reyes, el cristero*, México, Canek, 1941, p. 7.

lo que, a pesar de sus orígenes sociales, lo aleja de la generación literaria que lo antecede, la de los llamados Contemporáneos. Así, bajo el exótico sello de ediciones Quetzal —probablemente de su propia creación también—, *Improprio a Nueva York y otros poemas* retrata esa nueva jungla, la de asfalto; la urbe capitalista denigradora del hombre, racista y destructiva.

El subtítulo que Bernal dio a su poema “Improprio a Nueva York” fue el de “Poema en tres barbaries y dos intermedios civilizados”. He aquí una muestra:

Por las noches Harlem se vuelve blanco
 junto al Nueva York de luto;
 por las noches el Hudson llora
 una vaga nostalgia
 de venados y canoas,
 mientras los hombres beben y gritan
 en los pisos 57,
 en los sótanos del Bronx,
 debajo de los puentes
 y a solas,
 con siete millones de soledades.⁸

Esta crítica al capitalismo racista, a la explotación del hombre por el hombre, lo mismo evoca el “edén subvertido” de los indios aborígenes y sus canoas y venados, que lamenta la suerte del europeo y el negro.

A mediados de la década de 1940, Rafael Bernal se casó con Pilar Arce. Con ella procreó a sus tres primeros hijos: Rafael, Francisco y Pilar Bernal Arce. La radio, la publicidad y la televisión, con sus nuevos teatros, fueron entonces su fuente de trabajo. También se integró a la docencia, en la Escuela Nacional Preparatoria de la Universidad Nacional Autónoma de México.

⁸ R. Bernal, “Prosigue la barbarie”, en *Improprio a Nueva York y otros poemas*, México, Quetzal, 1943, p. 20.

Cierra este primer ciclo de publicaciones una novela corta. Se trata de la original *Memorias de Santiago Oxtotilpan*, publicada por editorial Polis en 1945, acompañada con unas xilografías de Abelardo Ávila. Es una novela antiagrarista, en la que el pueblo, como protagonista, cuenta su historia colectiva en primera persona del singular. La trama, como puede suponerse, es trágica aunque con destellos de humor negro que recuerdan a Jorge Ibargüengoitia. Todo tipo de agravios, saqueos y mentiras se ciernen sobre este pobre pueblito, desde la Colonia y los mismos inicios de la Revolución de Independencia hasta los años cuarenta del siglo XX.

El crítico y escritor Francisco Prieto, prologuista de la posterior reimpresión de esta novela por editorial Jus en 1989, compara a Bernal con el escritor católico inglés G. K. Chesterton, para quien “la mejor razón para ser progresista y no conservador es que las cosas, de natural, tienden a empeorar”.

Para Prieto, esta obra es de una actualidad total, “que no podemos sino lamentar”. Y agrega:

Rafael Bernal sufre con Santiago Oxtotilpan. Con sus gentes, de ahí el acento desgarrador que cubre el libro, disimulado por un humor y una ternura que se han vuelto subversivos desde la raíz. Pocas obras como ésta donde el amor de un poeta por su país apareció tan libre de efectismos y desplantes ridículos. Porque eso es, finalmente, *Memorias de Santiago Oxtotilpan*, una elegía a México a través de contarnos la cotidianeidad de nuestros hermanos más desamparados.⁹

Para Vicente Francisco Torres, otro crítico literario contemporáneo,

el tono de este libro es ligeramente irónico, de una mordacidad que sólo Jorge Ibargüengoitia superaría al abordar el mismo tema de los héroes patrios [...] Además de defender a los hacendados “buenos”

⁹ Francisco Prieto, “Prólogo”, en R. Bernal, *Memorias de Santiago Oxtotilpan*, México, Jus, 1989, pp. 6-7.

que educaban a su peonada, se burla no sólo de la revolución, sino de la reforma agraria, de las huelgas locas y del uso grotesco que de ellas se hace.¹⁰

Como dato interesante debe mencionarse que la novela está dedicada a su muy querida tía materna y propietaria de La Gavia, quien siempre se distinguió por su caridad hacia los campesinos del Estado de México, donde se ubica el pueblo protagonista. Dice la dedicatoria impresa, que se complementa con unas coplas de Jorge Manrique, a manera de epígrafe:

Este libro es para doña Dolores García Pimentel de Riba,
propietaria de pueblos que:

E sus villas e sus tierras
ocupadas de tiranos
las halló,
y por cercos y por guerras
el trabajo de sus manos,
las cobró.¹¹

Apenas un año después, en 1946, Rafael Bernal publica en editorial Jus, que lo acompañará casi siempre a partir de entonces, seis cuentos breves de la selva bajo el título sugerente y eficaz de *Trópico*. La portada del libro fue bellamente ilustrada con un lagarto o caimán, del pincel del célebre muralista y pintor Fernando Leal. El tema es Chiapas y sus

arenales de Tonalá, esteros de Mapastepec, pampas de Quexexapa y del Zacualpa sucio, lagunas de Zacapulco —criadoras de gar-

¹⁰ Vicente Francisco Torres, *La otra literatura mexicana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1994, pp. 14-15. Este ensayo es el de mayor valor crítico sobre la obra literaria de Rafael Bernal.

¹¹ R. Bernal, *Memorias...*, p. 9.

zas—, montañas de Huehuetán, cacaotales del Soconusco, Suchiate manchado de sangre. Es la costa de Chiapas reclinada en la sierra limpia y bañada por el Pacífico majestuoso.¹²

Los seis relatos poseen resonancias trágicas. “La media hora de Sebastián Constantino” aborda el escaso valor de la vida humana y el carácter pendenciero del hombre del trópico; “El compadre Santiago” es la historia de un chino que en lugar de enterrar a su compadre muerto por la mordida de un lagarto, lo usa como carnada de los mismos caimanes para cobrar sus pieles; “Lupe” cuenta la vida de esclavo de un negro grandote que paga con servicios personales su excarcelación en los sucios esteros de Chiapas; “El secretario José López” es un funcionario que a su pesar persigue a un tal Filadelfo Suárez, quien ha huido en lancha entre los manglares después de vengar con el asesinato la violación de su mujer por un cacique; “Tata Cheto” tiene como escenario a San Andrés Chamula, donde el regidor y todo el pueblo deben arruinarse no sólo para festejar al santo patrón sino por tener que aportar sus ahorros por supuestas órdenes de su santidad que exigen la fabricación y bendición de un badajo de oro puro para la campana de la iglesia, y la “Niña Licha”, una tierna historia de amor y prostitución.

Remata el ciclo narrativo inspirado en la selva del sureste mexicano una novela magistral, pionera de la literatura de ciencia ficción en México, junto con las de Francisco Tario, *Su nombre era muerte*, ya mencionada y publicada originalmente por editorial Jus y dedicada a su primera esposa, Pilar.

En su reimpresión por la misma editorial en 1989, encontramos de nuevo un excelente prólogo de Francisco Prieto. Definida por éste como novela teológica y política, otra vez en la mejor tradición chestertoniana “anticipa el mundo de Orwell y conlleva la densidad humana de una novela de Greene o de Bernanos [...] y que parte de un pesimismo radical”. En efecto, se trata de la lucha entre el Bien y el Mal; como señala Prieto:

¹² R. Bernal, *Trópico*, México, Jus, 1946, pp. 7 y 8.

Plantea ni más ni menos la existencia de un estado totalitario —semejante al de Orwell— en su novela *1984*. Pero que aquí no es obra de los hombres, sino de los moscos, y que pretende la destrucción del género humano. Y la quinta columna es un hombre, el protagonista, que vive aislado en la selva chiapaneca porque odia a la humanidad y ha reorganizado su vida haciendo el bien, contra su voluntad, a los indios lacandones, quienes lo han tomado como una divinidad. Les hace el bien para entretenerse [...] porque algo dentro de él le ha impedido darse la muerte. Pero ese hombre [...] no es una víctima de la razón, y helo aquí que observa a los moscos, meses, días y años; y como ese hombre es un aficionado a la música logra recrear a través de la flauta, el lenguaje de los moscos hasta comunicarse con ellos. Se volverá su agente en la tierra, la quinta columna, el médium necesario para llevar a efecto su plan de dominación de la humanidad.¹³

Segundo interludio: la novela policiaca

De manera paralela a sus novelas sobre la selva, el hombre y Dios, de los años cuarenta, Bernal cultivó con éxito el género policiaco, al cual regresaría casi al final de su vida para conquistar el mundo literario mexicano con *El complot mongol* (1969), tres años antes de su muerte.

De esta época datan dos libros publicados en 1946, ambos por editorial Jus: *Tres novelas policiacas* y *Un muerto en la tumba*. El primero luce una portada sencilla, ilustrada nuevamente por Fernando Leal con las armas asesinas involucradas en los tres cuentos, más que novelas; reunidos aquí: un frasco de arsénico, una hipodérmica y fina pistola. Abre el tomito “El extraño caso de Aloysus Hands”, en el mejor estilo

¹³ F. Prieto, “Prólogo”, en R. Bernal, *Su nombre era muerte*, México, Jus, 1989, p. iv.

inglés del asesino inteligente que disfruta confundiendo a todos, incluido el detective, a quien aconseja y guía hasta confesarle cómo, él mismo, ejecutó el crimen obligado por temor de quedar en el anonimato.

El segundo relato, mucho más breve y en un estilo casi pedagógico propio de Agatha Christie, es “De muerte natural”. Una rica dama muere víctima de uno de sus herederos, quien utiliza una jeringa para inyectarle aire mientras ella convalece en el hospital. Por ingenuo y sencillo que sea este argumento, lo importante es que introduce por primera vez a Teódulo Batanes, personaje clásico, del detective casi involuntario, pero dotado de un sorprendente sentido común: como el de los personajes de Arthur Conan Doyle. La tercera historia, “El heroico don Serafín”, que desarrolla una intriga académica para asesinar a un mediocre rector universitario y culpar injustamente a un estudiante inquieto. De nuevo, la estructura es sencilla, y tiene como principal virtud ser entretenida y de final inesperado. Sin duda, Rafael Bernal logra —con Usigli y otros autores de su tiempo— una adaptación pionera al ambiente mexicano de la novela policiaca clásica. También fue Bernal el primer autor de lengua castellana que publicó un cuento en *Selecciones Policiacas y de Misterio*: “La muerte poética” y después “La muerte madrugadora”, ambas protagonizadas por don Teódulo Batanes (1947).

La escritura de este volumen de cuentos o novelas policiacas es una suerte de divertimento que afina la publicación de una novela de mayor aliento, también con Teódulo Batanes —anagrama de Leopoldo Batres, el arqueólogo porfirista— como protagonista. En *Un muerto en la tumba*, Bernal se propone recrear el ambiente de exploración arqueológica en que vivía su hermano mayor, Ignacio Bernal y García Pimentel, al lado del maestro Alfonso Caso, en Monte Albán, Oaxaca.

Ironía, ingenio, humor, crítica de la política y los políticos ramplones surgidos de la Revolución se mezclan con los esplendores arqueológicos y coloniales de la ciudad de Oaxaca, mundo entrañable para Ignacio Bernal y su familia (uno de sus perros criollos se llamaba *Dainzu*, sitio arqueológico descubierto por él). La ironía que preside el relato se solaza en la descripción de actitudes del político local: “Pero el señor Gobernador, sabiendo que siempre es útil en política el fingir interés por

la cultura, quería estar presente; y todo buen político sabe que siempre hay que estar donde está el gobernador”.¹⁴

El humor encarnado en el propio Teódulo Batanes —ayudante de arqueólogo e improvisado detective— desespera al cacique local porque habla “todo doble”, o en sinónimos, como responde en su defensa el humilde investigador: “muy justo y loable es el rezar u orar por los muertos”.¹⁵

El guiño literario que Rafael hace al hermano mayor está presente en un diálogo en el cual inquiriere sobre el ¿para qué? de la arqueología:

—Vamos por partes, coronel. ¿Qué andaban ustedes buscando en esta tumba?

—Ídolos, antigüedades, cosas de los indios.

—¿Y pa qué las querían?

—Para estudiar la historia de nuestros indios.

—¿Y pa qué la estudian?

—He allí algo —interrumpió don Teódulo— que yo, después de 30 años de estudiarla, aún me sigo preguntando o interrogando.¹⁶

Para la maestra Lee Lockett Fletcher de la Universidad de Texas en El Paso, que en 1968 dedicó su tesis de posgrado a examinar la narrativa de Rafael Bernal —antes del éxito de *El complot mongol*—, la indecisión en el comportamiento de los personajes es un rasgo que comparten sus obras.¹⁷ Más allá de esta hipótesis literaria, el procedimiento de Bernal consiste en someter a sus personajes al rigor del medio —rural o tropical, político o de misterio religioso— que los inmoviliza y oprime, generalmente hasta la destrucción.

¹⁴ R. Bernal, *Un muerto en la tumba*, México, Jus, 1946, pp. 8-9.

¹⁵ F. Prieto, en Rafael Bernal, *op. cit.*, Prólogo.

¹⁶ R. Bernal, *Un muerto...*, p. 96.

¹⁷ Lee Lockett Fletcher, *Indecision in the Characters of Rafael Bernal*, tesis de maestría, El Paso, University of Texas at El Paso, 1968.

Activista y narrador sinarquista

Poco antes de llegar a los treinta y cinco años de edad, hacia el final de la década de los cuarenta, Rafael Bernal se entregó de manera casi total al activismo político y a la causa del sinarquismo que defendía el partido Fuerza Popular.

El dato es relevante porque, como se sabe, el sinarquismo se formó con el campesinado católico del centro y norte del país, y sus líderes fueron todos ellos profesionistas de clase media, sin descontar a intelectuales que, sin ser miembros del movimiento, simpatizaron con él, como José Vasconcelos o el fundador del Partido Acción Nacional, Manuel Gómez Morín. No fue, por tanto, un movimiento que reclutara adeptos de las clases altas. Rafael Bernal fue una de las excepciones, y para cuando llegó el sexto jefe nacional, Luis Martínez Narezo, Bernal ocupó la cartera de secretario de Finanzas.¹⁸

Convertido ya en un escritor y orador destacado, a Bernal se le recuerda también por los hechos registrados en pleno alemanismo, cuando el gobierno llevó a cabo la agresiva campaña contra la aftosa mediante la aplicación del “rifle sanitario” que consistía en matar a los animales de pezuña que estuvieran enfermos o pudieran ser contagiados. A la sombra de esta estrategia, sostenían, no sin razón los sinarquistas, “germinaron muchos vivales que por artes de biliborloque ‘mataban’ dos o más veces un mismo animal ‘enfermo’ y así cobrar dos veces o más el precio asignado”.¹⁹ De esa manera, a la pérdida del ganado —la única “esperanza del campesinado” que queda cuando la cosecha falta—, se sumó la corrupción de los caciques y políticos que vino a agravar y hacer más insultante la situación.

Tal es precisamente el tema de la novela realista de Bernal: *El fin de la esperanza*. Se trata de un auténtico compendio de los ultrajes de la Revo-

¹⁸ Juan Aguilera Azpeitia (dir.), *Historia gráfica del sinarquismo*, México, Comité Nacional de la Unión Nacional Sinarquista, s/f.

¹⁹ *Ibid.*

lución, la guerra contra los cristeros, el agrarismo cardenista y la corrupción del campo en la época alemanista, acentuada por la campaña contra la aftosa y el uso del “rifle sanitario”. Todo esto promovido, según el autor, por el dinero y la actitud afrentosa de Washington.

Hoy inconseguible, esta novela magistral no corrió mejor suerte en su momento. Publicada en 1948, en el mismo año en que Bernal cayó varias veces en la cárcel por su activismo político, “la novela *El fin de la esperanza* tuvo una suerte un poco extraña. Fue impresa en Editorial Estilo [*sic*], pero esta empresa no quiso publicarla, por parecerle muy fuerte políticamente, así que salió bajo el nombre de Editorial Calpulli (que no existe) y fue distribuida por Porrúa Hermanos”.²⁰

Es en esta obra cuando volvemos a escuchar, prácticamente con idénticas palabras, al tío Luis García Pimentel y su reseña de 30 años antes sobre los ataques contra los campesinos zapatistas que encabezó el general Robles en Morelos. Más recientemente, en 1936, La Gavia había sido expropiada y las luchas entre arrendatarios y ejidatarios fueron tan cruentas que servirían de material literario para Bernal, quién siguió de cerca todo lo concerniente a la querida hacienda de su tía Lola:

El Patrón y su familia se fueron para la ciudad, porque había empezado la bola y había peligro. Los peones siguieron trabajando la tierra y cuidando el ganado mientras se pudo. Pero un día llegaron los de algún partido y quemaron la hacienda, se robaron lo que pudieron y se fueron: los peones trataron de apagar el incendio, pero fue inútil, ardió la casa grande, ardieron las trojes y las bodegas; todo menos la iglesia. Desde esos días venía una banda y se iba, para darle lugar a otra. Los pocos habitantes que quedaban en Galeras andaban de día entre las ruinas buscando su ida y por las noches se iban a los cerros, a alguna cueva donde poder dormir con seguridad. Al oscurecer se formaba la procesión de hombres, mujeres y niños, cargando sus bienes,

²⁰ R. Bernal, Carta a L. L. Fletcher, Lima, Perú, 27 de noviembre de 1967.

subiendo a las cuevas, todos en silencio, todos con hambre, miseria y miedo.²¹

El final de la novela resulta dantesco. En el pueblo de Galeras, que no un nombre casual, el ganado es lanzado a una zanja que han tenido que cavar los propios campesinos, para después encargarse de rematar puercos, borregos, vacas y bueyes en medio de los gemidos lastimeros de los animales y el sollozar de sus dueños. Sobre esto hay que contar el escenario de la cantina, convertida en lupanar y ruleta de juego, para que los campesinos gastaran el pago del gobierno y ahogaran sus penas; mientras los caciques y políticos cobraban las ganancias y registraban dos o tres veces la muerte de un ejemplar para cobrar el precio tasado por un supervisor gringo. Otro aspecto interesante es que la novela alude ya al éxodo de los campesinos mexicanos que se van enganchados al norte, a Estados Unidos, huyendo del desastre rural mexicano de esos años.

Todos los personajes campesinos de la novela —sinarquistas o no— sufren la usurpación de sus tierras por el cacique, la violación o el engaño de sus hijas; explotados, inconscientes por el alcohol, dejan en el abandono y la miseria a sus mayores. Se trata de un drama rural de proporciones inmensas narrado sin concesiones, como sólo Azuela, Yáñez o Magdaleno lo habían hecho hasta entonces (1948).

Si la novela es impresionante, los incidentes que conducen al joven padre de familia, Rafael Bernal, a la cárcel, toman un giro más bien humorístico. En efecto, en “Juárez vilipendiado”, Alfonso Taracena, al hacer la crónica del periodo de Miguel Alemán, nos relata lo que sucedió el domingo 19 de diciembre de 1948:

Fue el caso que ese día inopinadamente, cerca de dos mil sinarquistas iniciaron una marcha por las calles metropolitanas hasta llegar al Hemiciclo a Juárez, en la Alameda Central. Desde luego,

²¹ R. Bernal, *El fin de la esperanza*, México, Calpulli, 1948, pp. 27-28.

los oradores comenzaron a atacar la política del Benemérito, al que llenaron de improperios. Posteriormente un miembro de la juventud sinarquista se trepó sobre la estatua de Juárez, y después de escupir tres veces sobre la cabeza de don Benito, la cubrió con un velo negro.²²

Días después, el Partido Acción Nacional ironizó sobre este episodio. En su crónica oficial señaló: “Los sinarquistas realizaron una concentración en la Alameda Central de México, y pareciéndoles, quizá, que el frío ojo de don Benito Juárez, allí en su estatua sedente del Hemiciclo, contemplara la ceremonia, le colocaron una capucha risible”.²³

Como corolario de estos hechos se produjo la detención y el encarcelamiento de varios sinarquistas, entre los que destacaba Rafael Bernal como uno de los acusados de ultrajar la efigie y encapucharla. Años más tarde, con su peculiar ironía, decía que era físicamente imposible que él fuera el encapuchador. “Torpe y grandote como soy”, decía Bernal, no podía haber escalado hasta la cúspide del Hemiciclo. Parece ser que lo que se pretendía era ponerle una cuerda al cuello y ahorcar simbólicamente a Juárez. A ese escándalo siguieron varios actos de desagravio, sobre todo el encabezado por Vicente Lombardo Toledano y el antiguo vasconcelista Alejandro Gómez Arias; asimismo, desde entonces, el régimen instituyó el 21 de marzo para conmemorar el natalicio de Juárez como fiesta nacional y día de descanso. Finalmente, los responsables de tan escandaloso incidente recibieron el perdón presidencial, que Bernal se negaba a aceptar por considerar que no había delito que perseguir. Con todo, los detenidos fueron excarcelados y el delito de disolución social, del que se acusó a Bernal varias veces, volvería a pender sobre su cabeza como espada de Damocles.

²² Alfonso Taracena, “Juárez vilipendiado”, en *Id.*, *La vida en México bajo Miguel Alemán*, México, Jus, 1979, pp. 193-196.

²³ Luis Calderón Vega, *Memorias del PAN*, vol. II, México, Jus, 1978, pp. 113-115.

Los Bernal van al teatro

Sin duda fue el periodo que va desde 1947 hasta 1956 uno de los de mayor contento y creatividad en la vida de Rafael. Supo combinar obras frívolas y serias y aun el trabajo de aficionados, así como darse tiempo para incursionar en la traducción, producción y adaptación de textos para la escena.

Salvador Novo, personaje central del grupo Contemporáneos, íntimo amigo del hermano menor Joaquín, *Juacho*, también metido de director escénico y después diplomático por casi toda su vida profesional, es un espléndido guía en esta etapa, pues admiraba a los hermanos, padres y tíos de Bernal.

Sin embargo, es el crítico teatral Armando de María y Campos quien nos ofrece una de las primeras reseñas del ingenio que como dramaturgo tuvo Rafael Bernal. Corre el año de 1947 y la aristocracia mexicana —en la que Bernal siempre obtiene acogida y diversión— organiza lo que se llamó la revista *Cuit Poulet* que rimaba con el apellido de su fundador, Louis Jouvet, en favor de la Francia libre. En México, en cambio, el talentoso Carlos León, un promotor artístico, apoyó con ese mismo nombre un teatro de aficionados a beneficio, no ya de causas políticas, sino de obras de caridad. Es en el ambiente de “los 300 y algunos más”, como diría el *Duque de Otranto*, cronista de sociales, donde Rafael Bernal escribió dos obritas: *El cadáver del señor García* y *Las jerónimas*. Sobre esta última, que fue “la parte seria” de la revista *Cuit Poulet*, nos hace la crónica Armando de María y Campos:

Con fondos musicales de Mozart, que ocurre en el interior del Convento de San Jerónimo, con la intervención de sor Juana Inés de la Cruz, muy bien interpretada por doña Adela Formoso de Obregón Santacilia [...] del Conde de San Juan —don Eduardo Portilla Lascuráin—, de los Virreyes Marqueses de Mancera —doña Luz S. de Aspe y don Pedro L. Corcuera—; de la Tornera, la Abadesa, damas, monjitas, caballeros, etc., que fueron a cargo de Cristina Azcárraga, María Cusi de Escandón, Joaquín Bernal, Gua-

dalupe R. de Cortina, Beatriz Buch, Gina Schöndube, Adriana de Robina, Ana María Romero de Terreros...

La picesita de Bernal muy bien tramada, hablada y resuelta, merece más de una representación. El ambiente creado por Fontanals [Manolo, el escenógrafo de Buñuel, García Lorca y Cantinflas] propio, bellissimo, y el vestuario además de justo en la época, rico y del mejor gusto. La ilustración de este cuadro y del resto del programa, excelente. En un intermedio don Pedro Alcázar Corcuera recitó el *If*, de Kipling, en una nueva, exacta versión de don Eduardo N. Iturbide. Fue muy aplaudido.²⁴

Fue ésta la última ocasión en que se llevó a cabo la revista *Cuit Poulet* (1947) en el teatro del Hotel del Prado, gracias a su principal promotora, Sofía Verea de Bernal, cuñada de Rafael y esposa de su hermano Ignacio. Ayudaban también a doña Sofía, las señoras María Luisa Alcázar de Fernández del Valle, Susana Corcuera de Cortina, Concepción Granados de Cusi, Mercedes Fernández Castelló y Ana María Fernández Castelló, entre otras.

Otros cuadros que se montaron en la revista *Cuit Poulet* fueron, en 1945, en el Teatro Ideal, el de *Te volví a ver*, de Roberto Montenegro y, en 1947, *Ángeles*, de Jesús Reyes Ferreira, así como *El extraño caso de la momia verde*, de Carlos León. Entre los actores aficionados de la alta sociedad cabe mencionar, entre muchísimos otros, a Elena Poniatowska y a su padre, Juan Poniatowski, Víctor Armella, Alfonso Rincón Gallardo y Mier, Josefina Paredes de Parada, el conde Cesarino Celani, José Cortina Garibay, Pedro Aspe, Guillermo Robles Gil, Luis Martínez Gallardo, María José y Beatriz Riba.²⁵

Antes de apreciarlo como dramaturgo y escritor, Salvador Novo ubicaba a Rafael Bernal, no sin razón, como parte de la crema de los conservadores. Cosa que comprobó cuando una tarde del mes de septiembre de 1948 fue invitado por Juan Sánchez Navarro Peón a fundar la Casa de

²⁴ Armando de María y Campos, *El teatro siempre está en crisis... Crónica de 1946 a 1950*, México, Arriba el Telón, 1954, pp. 29-30.

²⁵ *Ibid.* pp. 28-29.

la Hispanidad en México. Al llegar a la reunión, Novo no se sorprendió de encontrar en una vieja casona porfiriana de la calle de Havre a “la pitiflor de la Calabaza: el padre Mariano Cuevas, Herrera y Lasso, Rafael Bernal, los Sánchez Navarro, Gómez de Orozco, Chucho Guízar, Alfonso Junco, don Nemesio García Naranjo, Florisel [y] otros muchos españoles pesudos”.²⁶

Más tarde, en 1950, cuando Rafael Bernal cumplía 35 años, Novo reseñó la puesta en escena ganadora de una “flor” en las fiestas de la primavera de ese año, que con el apoyo del Instituto Nacional de Bellas Artes se representó con mucho éxito. Se trata de *Antonia*, publicada en 1960, junto con otros dos dramas, por editorial Jus en su colección Voces Nuevas: *El maíz en la casa* y *La paz contigo o El martirio del Padre Pro*, estrenadas en el teatro en 1955.

Antonia, la primera en estrenarse, fue dirigida por Fernando Torre Lapham, director de la Escuela de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes, y actuada por los alumnos en la Sala Latinoamericana. Al año siguiente, Sergio Magaña ganó “la flor” de las fiestas de la primavera con su magistral obra *Los signos del zodiaco*, y desde 1950 Emilio Carballido se había dado a conocer con su *Rosalba y los llaveros*. Para Novo, el talento de Carballido y Bernal empezaba a ser absorbido por la televisión, “esa nueva forma de expresión del teatro”.²⁷ En efecto, fue Bernal el primer guionista de teatro para televisión con su pieza *La carta* que, hasta donde se sabe, no se publicó pero tuvo gran aceptación en la pantalla chica en el inicio del teleteatro por el Canal 4, propiedad de don Rómulo O’Farril. La serie a cargo de Brígida Alexander y Rafael Bernal se llamaba Teatro de la Televisión y *La carta* fue la primera obra que se transmitió.

Formaban parte del reparto: Luis Aragón, Emilio Posadas, *La Bolita* Aurora Posadas Izquierdo, hija de la famosa pintora María Izquierdo y otros más. Este elenco, con la hermosa Guadalupe Llaca, atractiva y novel actriz queretana que debutaba en la escena, salió del

²⁶ S. Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), 1994, p. 196.

²⁷ *Ibid.*, pp. 509-510.

reparto que por aquellos días presentaba en teatro la obra *Antonia*, también de Rafael Bernal [...] Estos programas se hacían con todas las carencias del mundo, por lo escaso de los elementos con que se contaba, el muy reducido espacio del único estudio que funcionaba en el piso 13 del edificio de la Lotería Nacional y la casi nula experiencia en materia de producción.²⁸

Otros éxitos en ese medio fueron *El milagro*, *El líder*, *Chapala*, *El cuetero*, *Macario Romero*, *La traición*, *El puente de Calderón* y *Soledad*. La televisión y la radio, en la XEW, dieron el sustento a Bernal, mientras que la escena teatral representaba más un gusto y el medio privilegiado para debatir sus ideas. Por esos años, Rafael Bernal intentaba animar también a Novo a dirigir una serie llamada *Al Teatro con Salvador Novo*, de corte pedagógico y con escenas del repertorio universal.

En 1952, bajo la dirección de P. Galván, el legendario Teatro Caballito fue inaugurado con otra obra de Bernal, *El ídolo*. La propietaria del teatro, la primera actriz Marilú Elízaga, lo había remodelado y cambiado su nombre porque se encontraba en la calle de Rosales frente a la efigie ecuestre de Carlos IV. El empresario era el propio Rafael Bernal, quien junto con su hermano Joaquín pasaba por una especie de fiebre teatral, pues ambos planeaban abrir otro teatro, éste totalmente de su propiedad y en donde Novo dirigiría *El retorno del hijo pródigo*, de Gide.

Para 1954 encontramos a Rafael Bernal traduciendo prácticamente sobre las rodillas obras de éxito al alimón con algunos colegas y estrenando otra obra de su autoría, *La paz contigo o El martirio del Padre Pro*, en el Teatro Fábregas. Esta pieza había sido leída por Novo y se pensaba para inaugurar un nuevo teatro en la calle de Sullivan. Al estreno asistió nada menos que la legendaria Madre Conchita quien, se asegura, no dejó de llorar durante toda la obra.

“Dejar llorando”, en este caso a la cocinera de la casa, era lo que Rafael Bernal se proponía en sus teleteatros y radionovelas. También hacía

²⁸ Gonzalo Castellot, *La televisión en México, 1950-2000*, México, Edamex, 1999, p. 25.

publicidad, *jingles* para anuncios de cerveza, con los que solía bromear. Así, cuando a la agencia de publicidad de Augusto Elías, en la que colaboraba Bernal, se le canceló la cuenta de una conocida marca de cerveza, ya en privado, alteraba el sentido del anuncio original:

Siempre se suele escuchar:
 Cuando la fiesta se anima,
 cuando la fiesta se entona,
 si se acaba la dos equis...
 yo también tomo corona.

Su trabajo de publicidad con Augusto Elías lo unió más a la televisión en donde cubrió la carrera panamericana en 1952 y después hizo programas para el consorcio de Telesistema Mexicano, ya fusionados los canales 2, 4 y 5 bajo el control de don Emilio Azcárraga.

Volviendo al teatro, hay que recordar que el Caballito se convirtió en un espacio creativo para los universitarios y el decisivo movimiento Poesía en Voz Alta, que tantos talentos congregó (Octavio Paz, Juan Soriano, Juan José Arreola, León Felipe, Juan José Gurrola, María Luisa Elío, Leonora Carrington, Diego de Mesa, Héctor Mendoza y muchos otros). Hacia 1955, Marilú Elízaga rentaba su teatro los martes a bajo precio, “a los chicos de la Universidad”, y también rellenaba espacios entre las puestas en escena con los *Diálogos*, de Salvador Novo, que ella misma actuaba.

Cierra este ciclo de la dramaturgia de Rafael Bernal la adaptación, en 1956, de un cuento de Somerset Maugham para teatro que se llamó *Nancy Brown*, puesta en escena en el Caballito. De la obra dirigida por Juacho Bernal, Novo destacó “el agudo sentido del humor de Marilú Elízaga y la capacidad innata de proyectarlo con un tamiz sin el cual el mejor chiste naufraga y se diluye en una tontería frustrada [...] [La adaptación de Bernal] abunda en breves chistes, en frases a la Wilde o a la Coward”.²⁹ Tam-

²⁹ S. Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Adolfo Ruiz Cortines*, vol. II, México, Conaculta, 1995, p. 394.

bién por entonces tradujo, bautizó y montó otro éxito teatral: *Con M. de muerte*, y había escrito varias radionovelas como: *Senderos de angustia*, *Juan Diego el indio predestinado*, *Sangre en la tierra* y *La mina*.

En el caso de la radio, el ciclo lo cierra la serie *Caríbal*, *El infierno verde*, quizás la más notable, sobre el drama chiclero en Quintana Roo, y que publicó *La Prensa* en 1956, en 16 entregas, sin más ilustraciones que las lujuriosas portadas de ese culebrón de amor en la selva. Se anunciaba como la “novela de las 7”, ya que se transmitía de lunes a viernes, a las siete de la noche, por XEW y XEWW, y después aparecía impresa en un fascículo semanal. En carta a la profesora Fletcher, Bernal afirmaba que *Caríbal* no era propiamente una novela, sino una serie radiofónica (*soap opera*), que ya impresa era una serie de “cuadernitos lamentables en todo concepto. Cosas del hombre”.³⁰ Para Vicente Francisco Torres, en cambio, es una obra bien desarrollada, inspirada en los clásicos latinoamericanos como *Doña Bárbara*, *Huasipungo* y *La vorágine*.

En septiembre de 1957, cuando Bernal se hallaba en Caracas, ocurren dos episodios familiares de importancia: el nacimiento de su hija María Idalia Rafaela Bernal Villarreal, fruto de su segundo matrimonio (conocida como *Cocol*), y la muerte de su madre en Acapulco (13 y 15 de septiembre respectivamente).

Luego de separarse de su primera mujer, Rafael Bernal se casó con la locutora, guionista y asistente de medios, en radio y televisión, Idalia Villarreal. Con ella inició una nueva etapa de su vida en Venezuela desde fines de 1956, en tiempos del dictador Marcos Pérez Jiménez, quien gobernó de 1952 a 1958, y donde fue contratado como gerente de producción del canal 4 de Televisa Venezuela que, por cierto, era una empresa estatal y no tenía nada que ver con la estación mexicana. De guionista y narrador, los cuatro años de estancia en Venezuela le permitieron volver al trópico y la selva, ahora en el Orinoco.

Novo dejó constancia del fallecimiento de la madre de Bernal en Acapulco, en 1957:

³⁰ R. Bernal, Carta...

Marilú [Elízaga] me habló temprano para comunicármelo y averiguar si yo sabía dónde podrían hallar a *Juacho*, pues no había dormido en casa. A las cuatro de la mañana oyeron un ruido en la alcoba de doña Rafaela, fueron a ver, y la encontraron muerta [...] Doña Rafaela era una señora admirable, verdadera capitana y representante de una época que no había sin embargo congelado su actitud.³¹

En Venezuela, Rafael Bernal adaptó las novelas de Rómulo Gallegos: *Victoria*, *Doña Bárbara*, *Cantaclaro*, así como *El camino del dorado*, original de Arturo Uslar Pietri, como series de televisión. Auxiliado profesionalmente por su esposa Idalia, regresó a la radio ante los problemas económicos que enfrentó la empresa televisora luego de la caída del presidente Pérez Jiménez, quien había apoyado permanentemente a Bernal. Por entonces impartía clases en la Universidad Central de Caracas e hizo amistad con miembros del exilio español, como Benjamín Merchant. El golpe militar alcanzó proporciones violentas en las calles de Caracas durante 1959. El refugio del matrimonio Bernal fue Radio Valencia, en la ciudad provincial venezolana del mismo nombre, donde conoció y se mezcló con un interesante grupo intelectual, ya que también había sido profesor de la Universidad de Carabobo, en Valencia. Años más tarde, en 1963, ya como diplomático en Filipinas, Bernal publicaría en la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica, *Tierra de gracia*, novela sobre la selva y la dictadura venezolanas.

En una carta personal, Bernal relata cómo, hacia 1960, decidió cambiar de profesión e ingresar en la diplomacia. Fue el caso de que en Caracas pudo tratar personalmente al secretario de Relaciones Exteriores, don Manuel Tello padre, por la visita del presidente Adolfo López Mateos a Venezuela, en enero de 1960, siendo ya presidente don Rómulo Betancourt. Don Manuel, que conocía sus aptitudes literarias y su trayec-

³¹ S. Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Adolfo Ruiz Cortines*, vol. III, México, Conaculta, 1996, p. 167.

toria familiar, lo convenció, y a fines de ese año se incorporó al Servicio Exterior Mexicano. Años después y más en privado, con toda honestidad Rafael Bernal reconocía en carta personal:

Durante algunos años escribí para radio, televisión y cine, para poder vivir de eso, pero comprendía que ese camino no conducía a ninguna parte, sino a ganar bastante dinero, así que lo dejé para ingresar al Servicio Exterior donde se puede vivir con cierta tranquilidad, estudiar y escribir lo que quiere uno.³²

Honduras. La diplomacia de la educación y el ingenio

“Enganchado” en la diplomacia por el propio secretario de Relaciones Exteriores, Bernal coincidió nuevamente en el trabajo de esos años con su querido hermano Joaquín, varias veces director de protocolo y embajador en Etiopía, Senegal, Suiza, cónsul en Nueva York y embajador en República Dominicana, país donde murió en la última década del siglo XX. La trayectoria diplomática de Rafael habría de ser más corta y menos impresionante que la de Joaquín, pero intensa y creativa en lo intelectual y literario.

Su ficha de filiación en el expediente del Servicio Exterior lo describe como casado, de 1.89 de estatura, tez morena, pelo negro, frente grande, cejas espesas y juntas, ojos castaños, nariz convexa y boca mediana. Como referencias, se menciona a sus hermanos Joaquín (calle de Orozco y Berra 83) e Ignacio (Tres Picos 47), así como a Agustín Velázquez Chávez y a su amigo de época de la editorial Canek, el también diplomático José Muñoz Cota.

Ingresó el 1 de noviembre de 1960 como segundo secretario, y no se ostentaba con estudios profesionales. Su expediente enlista una extensa obra literaria y otra periodística en *Excélsior*, *Novedades* y *La Prensa*. En cuanto a su colaboración en revistas, menciona *Hoy*, *Lecturas* y la de tipo

³² R. Bernal, Carta...

literario *América*. Toda esta bibliografía justificaba lo que el documento llama “inclinación cultural”, que contaba también con el manejo de los idiomas inglés y francés. Su expediente establece con toda claridad que ingresó al Servicio sin exámenes, por artículo especial, obteniendo más tarde, mediante riguroso examen, la necesaria regularización. En éste obtuvo las más altas calificaciones conforme a su cultura e inteligencia. Incluye, finalmente, como dependientes económicos, a su esposa Idalia y a su hija del mismo nombre para efectos de traslado.³³

Menos de dos meses después, el día de la Virgen de Guadalupe, el 12 de diciembre, se ordena su traslado a Tegucigalpa, Honduras, a donde llegó el 21 de diciembre de 1960. Sólo seis meses residirá en el país centroamericano, pero nada menos que como encargado de negocios ante la intempestiva salida del embajador César Garizurieta, mejor conocido como *El Tlacuache* Garizurieta, por sus célebres y atrevidas frases como aquélla de “Vivir fuera del presupuesto es vivir en el error” (horror). El hombre de Tuxpan, abogado laboral y ex oficial mayor de Agricultura, había tenido que salir del país por problemas de protocolo en la fiesta de cumpleaños del muy popular y apreciado presidente de Honduras, don Ramón Villeda Morales, alias *El Pajarito*.

El 29 de junio se ordena el retorno de Bernal a México por haber llegado ya el nuevo embajador mexicano ante el gobierno de Honduras, Reyes Ruiz, al que llamaban de cariño el señor *Bonjour Tristesse*. En Tegucigalpa, empero, su trabajo fue paciente y sensible, pues debía reconstruir la confianza con el presidente y su gabinete después del incidente protocolario. Su éxito no pudo ser mayor dada su inteligencia, educación y chispa personales. También le fue de utilidad haber conocido en México, como estudiante universitario, al entonces secretario del Trabajo del gabinete hondureño, quien le sirvió de intermediario.

Incluso antes de volver a México, ya designado el nuevo embajador, Rafael Bernal siguió en el centro de la intelectualidad, la cultura y la diversión hondureñas, lo que le permitió obtener la amistad generosa del presidente Villeda Morales, quien sólo acostumbraba invitar a su casa a los titulares de

³³ Archivo Histórico “Genero Estrada” (AHD), Expediente personal de Rafael Bernal, 31-27-6.

las misiones, a su gabinete y a amigos como Rafael Bernal. Apenas dos meses después de su regreso a México, el 8 de septiembre de 1961, recibió su traslado para el otro lado del mundo, como los mejores navegantes de que siempre hablaba, a Filipinas. Por cierto que desde 1950, bajo el sello de Jus, había publicado, con una dedicatoria a Emilio Salgari, *Gente de mar*, un librito de biografías literarias, muy al estilo de Lytton Strachey, que mostraba una de sus nuevas pasiones, junto con la hacienda rural y la selva: el mar. De aliento más literario que histórico y de estilo fluido y grato, la obra recrea en primer término la vida de “Caracciolo”, quien, como diría el poeta catalán José Agustín Goytisolo, era un “pirata honrado” que prohibió la bebida y la blasfemia en sus barcos, como el *Victoire*, y que con sus amigos Misson y Tew fundaron en el sudeste asiático la población independiente de Libertatia. La segunda incursión corresponde a “Edward Teach, Barbanegra y el mayor Stede Bonnet”, quienes dominaban la costa atlántica del sur de Estados Unidos y el Caribe en su célebre barco *Revenge*; la tercera es la de “Anne Bonny y Mary Read”, bellas muchachas caribeñas “de tez morena, con los ojos grandes y azules, el pelo rojo de cobre y un genio endiablado”; la cuarta biografía es sobre el extravagante “Jurgen Jurgensen, rey de Islandia”, que combatió primero a los intervencionistas daneses, y regresó después a los mares del Sur como el pirata que siempre fue. Finalmente y como una extraordinaria premonición del destino del autor en Filipinas, 10 años antes de su entrada al Servicio Exterior, cierra el volumen la biografía de “Gerónimo de Gálvez, piloto del rey”, que desde Nueva España se dirigió a Filipinas para vengar la muerte de su prometida.³⁴

Filipinas, el apogeo de la diplomacia extraordinaria a través de la cultura

Desde fines de 1961 se encuentra Rafael Bernal en Manila; la embajada está encabezada por Muñoz Zapata, embajador de carrera, y durante los

³⁴ R. Bernal, *Gente de mar*, México, Jus, 1950.

cuatro años que permanece ahí es ascendido a primer secretario. Era presidente de Filipinas el muy ilustrado Diosdado Macapagal, y el hecho de que Bernal fuera un hombre de cultura y de letras le permitió una especie de diplomacia extraordinaria de notables resultados. En efecto, aprovechando la visita del presidente Adolfo López Mateos, el “presidente viajero”, y el aniversario de los 400 años del descubrimiento de las islas por los novohispanos que partieron de México, se creó una “corriente intelectual transpacífica” de gran utilidad.

De inmediato Bernal estableció contactos académicos con la Universidad Dominica de Santo Tomás, hija de la Real y Pontificia Universidad de México, y con los círculos de tradición hispánica. Invitó a Filipinas a intelectuales mexicanos como Jaime Torres Bodet, Miguel León-Portilla, Ignacio Chávez, Luis Villoro y Lothar Knauth, entre otros, y las publicaciones sobre la Nao de China, o de Acapulco, o el también llamado Galeón de Manila no se hicieron esperar. Durante su breve visita, el propio presidente López Mateos donó a la Biblioteca Rizal una selección de ediciones finas reunida por el historiador Arturo Arnáiz y Freg.

Posteriormente, Bernal escribió su largo ensayo *México en Filipinas. Estudio de una transculturación*, publicado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, con prólogo de Miguel León-Portilla, en 1965, poco antes de que Bernal dejara las islas.³⁵

Obra sin parangón hasta la fecha, en ella sobresale el influjo mexicano sobre la Filipinas del siglo XVI, especialmente a través de la lingüística y lo popular. Celebra no sólo a los grandes navegantes, militares y religiosos novohispanos, sino a los llamados *guachinangos*, mestizos mexicanos de las clases bajas —marineros y soldados, entre otros—, que llevaron y trajeron a través del Pacífico sus costumbres: comida, vestido, etcétera. Bajo el signo del Año de la Amistad México y Filipinas 1564-1964, en sólo cuatro años Rafael Bernal dejó una huella indeleble en la historia de ambos países. Sus servicios fueron tan provechosos que

³⁵ R. Bernal, *México en Filipinas. Estudio de una transculturación*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM (Serie Histórica, 11), 1965.

poco antes de la visita del presidente López Mateos a los países asiáticos, fue trasladado a Japón, entre el 25 de junio y el 1 de septiembre de 1962, para apoyar el relevo del embajador saliente, Jorge Castro Valle, por el que sería designado con motivo de la visita presidencial. Sus servicios discretos y exactos oficios fueron entonces reconocidos por su profundo conocimiento de la cultura y la historia de los pueblos de Asia y su relación con México.

Fue también en Filipinas donde Bernal escribió y publicó, esta vez en inglés, la lengua franca entre el español en desuso y el tagalo local, su prólogo para *Historia de Filipinas durante el siglo XVI*,³⁶ y una sección de la historia de *Los chinos en Filipinas*.³⁷ Empezó en esos años también la investigación que sustenta su libro mayor, *El Gran Océano*, publicado muchos años después de su muerte en 1992 por el Banco de México. Auténtica biografía del mar Pacífico, protagonista semejante, toda proporción guardada, al que F. Braudel perfiló en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. De la obra de Bernal comentó el escritor y crítico José Luis Martínez, su compañero diplomático en Grecia:

Pero antes que limitarse a reunir las experiencias de los grandes viajeros, Bernal se propuso estudiar el pensamiento, siempre cambiante, de los hombres que llevaron a cabo esas empresas, según las diferentes maneras de pensar de los pueblos expansionistas, que modificaron las formas de contacto con los pueblos receptores de la expansión.³⁸

³⁶ R. Bernal, *Prologue to Philippines History*, Manila, Solidaridad Publishing House, 1967.

³⁷ R. Bernal, "The Chinese Colony in Manila, 1570-1770", en Alfonso Félix (ed.), *The Chinese in the Philippines, 1570-1770: Analyses and Documents on the Beginning of Philippine-Chinese Relations*, vol. I, Manila, Historical Conservation Society of Philippines, 1966, pp. 40-66.

³⁸ José Luis Martínez, "El Gran Océano de Rafael Bernal", en *Sábado*, núm. 872, 23 de julio de 1994, pp. 1-2; véase también J. L. Martínez y Christopher Domínguez Michael, *La literatura mexicana del siglo XX*, México, Conaculta, 1995, pp. 99, 128 y 213.

La gira de López Mateos fue un éxito en lo diplomático; su propósito más ambicioso era la búsqueda de una defensa conjunta de los precios de las materias primas producidas “por los países en desarrollo, y abrir nuevos mercados especialmente para los manufactureros mexicanos, y las fuentes de diversificación de la inversión extranjera”.³⁹ El recorrido que tuvo lugar en el otoño de 1962 incluyó la India, Filipinas, Indonesia y Japón; llevó también un mensaje de paz y la propuesta de una política para el control del armamentismo y los ensayos nucleares.⁴⁰

Durante sus años en Filipinas Bernal pudo escribir, además de la mencionada *Tierra de gracia* publicada en 1963,⁴¹ sobre Venezuela y el Orinoco, otra serie de relatos que no vería la luz sino hasta 1967, cuando el autor se encontraba en su siguiente adscripción diplomática, el Perú. Lleva por título *En diferentes mundos* y fue también publicada, gracias a Agustín Yáñez, en la prestigiada colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica. De fina factura, entremezcla los asuntos de su preocupación perenne, el campo mexicano, con los cuadros y estampas asiáticas. Incluye este volumen “El tío Merced”, nueva incursión en el devastado campo mexicano y el amor por la tierra; “El alacrán”, que con ironía cuenta la historia de un pícaro que se hace pasar por el célebre bandido mexicano de ese nombre y paga las consecuencias; “Los hombres de San Mateo”, que prosigue la saga sinarquista; “El ciclista tuerto”, triste historia de un padre divorciado que pierde la custodia de su hija en Manila; “El mexicano”, que también se ambienta en la capital de Filipinas, y que tiene como protagonista a un excombatiente del Escuadrón 201 de México; “Nueva York”, iniciación sexual y amorosa de un joven mexicano de clase alta en la urbe norteamericana; “La declaración”, que desarrolla en Tokio la trama de un crimen por celos después de la Segunda Guerra Mundial, y “Hong Kong”,

³⁹ Blanca Torres, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, t. VII, México, Senado de la República, 1991, p. 172.

⁴⁰ Adolfo López Mateos, *Presencia internacional. Discursos y documentos (1962-1963)*, vol. II, México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1994, pp. 89-122.

⁴¹ R. Bernal, *Tierra de Gracia*, México, FCE, 1963.

trágica historia del odio racial que enfrenta a negros, amarillos y blancos, en medio de un tifón del Pacífico en las calles Kowloon.⁴² Por cierto que hasta esta última ciudad llevó Bernal la representación de la Universidad de Santo Tomás al Congreso de Historia de Hong Kong.

El 10 de noviembre de 1965, Rafael Bernal, que para entonces ya había reunido con él y su esposa a los tres hijos de su primer matrimonio, luego de la muerte de la madre de éstos, Pilar Arce, en Guadalajara, recibe su traslado a la embajada de Lima, Perú. Volvía de este modo a América, por el Pacífico, por la ruta del tornaviaje que tanto intrigó y complicó los afares de los navegantes del siglo XVI, desde Magallanes y Elcano, hasta Urdaneta y Legazpi.

Perú: más sobre la diplomacia cultural y redacción de *El complot mongol*

El 27 de diciembre de 1965, con cincuenta años cumplidos, Rafael Bernal es informado por la Secretaría de Relaciones Exteriores que tendrá la función de encargado de negocios *ad interim* en la embajada de México en Perú.

En 1966 el presidente de ese país era Fernando Belaúnde Terry, padre. Encabezaba la embajada mexicana don Daniel Escalante, hombre fino y católico que se entendió a la perfección con su primer secretario. Dada la premura de su traslado, el embajador le concedió a Bernal vacaciones que éste aprovechó para viajar por tierra a Argentina y Chile.

La penetración social de Bernal y su diplomacia extraordinaria por vía de la cultura fue inmediata. Como lo había hecho antes en Manila, ahora se incorporó como profesor en la Universidad Católica de Lima. Con su amigo el doctor Manfred Max Nef dirigió el seminario de sociohistoria de la Universidad Femenina de Lima, participó en el salón literario de la poeta y crítica peruana Elsa Fernández Berisso de Dávila y en la revista *Alpha*,

⁴² R. Bernal, *En diferentes mundos*, México, FCE, 1967.

que dirigía ella misma. Bajo el título “Argumento” fue publicado, precisamente en esa revista, un largo poema de Rafael Bernal. Presentó también por esos años en Perú una lectura de su obra de teatro inédita *El agua y el mar*; escribió otra pieza corta, monólogo femenino para cuatro edades, llamada *La cárcel del tiempo*; un poema sobre Copán, “Informe a los abuelos”, y el monólogo *Casandra*.⁴³

Durante la estancia de Bernal en Perú ocurrió el golpe militar que derribó a Fernando Belaúnde Terry y encumbró al general Juan Velasco Alvarado. Los golpes de Estado en América Latina, decía Bernal recordando su estancia en Venezuela poco antes de incorporarse a la diplomacia, parecían acompañarlo siempre.

Como dato curioso, debe mencionarse la visita a Perú del presidente del Consejo Nacional de Turismo, Miguel Alemán. Su guía natural a territorio inca, Machu Picchu, fue el ex sinarquista Bernal, que había sufrido la cárcel [...] y el perdón presidencial por su “ultraje” a Juárez. Ninguno de los dos aludió los hechos de 20 años atrás. El diplomático Bernal era una realidad. No por ello la suerte le fue del todo fiel, pues al despeñarse víctima del soroche en la excursión, se rompió la nariz. Debió por entonces someterse a exámenes médicos que empezaron a nublar no sólo sus pulmones, sino la perspectiva entera de su vida. Se volcó entonces, en su tiempo libre, a proseguir su obra magna sobre *El Gran Océano*,⁴⁴ y terminó la novela negra, más que policiaca, que lo consagraría ante la crítica y, sobre todo, entre los lectores, *El complot mongol*.⁴⁵

Toda vez que se trata del libro más conocido de Rafael Bernal, publicado originalmente por la editorial Joaquín Mortiz, del famoso editor Joaquín Díez-Canedo, en 1969, ante el sutil rechazo por cautela de editorial

⁴³ R. Bernal, *currículum vitae*, y *cfr.* “Rafael Bernal”, en María Aurora Ocampo de Gómez y Ernesto Prado Velázquez, *Diccionario de escritores mexicanos*, México, Centro de Estudios Literarios-UNAM, 1967, pp. 44-45.

⁴⁴ R. Bernal, *El Gran Océano*, México, Banco de México, 1992.

⁴⁵ R. Bernal, *El complot mongol*, México, Joaquín Mortiz, 1969.

Novaro, y que ha sido reeditado en múltiples ocasiones, omitimos aquí el largo comentario que merece la obra. Sólo diremos que a partir del esquema o chiste de un mexicano, un ruso y un *gringo*... se construye una novela plena de humor negro cuyo escenario es la ciudad de México. La anécdota tiene como hilo conductor a un agente judicial mexicano que resulta más práctico que sus colegas de la CIA y la KGB, y sólo pide que le digan quién es el malo y se dejen de elucubraciones para que él simplemente lo mate. Es también una historia de amor, que no de sexo, entre el protagonista y una china a la que desea fervientemente —“nunca me he tirado a una china”. Este toque sentimental contrasta con el desarrollo de la trama por las calles de una ciudad de México descrita con fidelidad de cronista, empezando por un Barrio Chino que, en realidad, se reduce a la calle de Dolores. De los fumaderos de opio y la corrupción política y policiaca emerge un protagonista, el detective Filiberto García (apellido materno de Bernal), más complejo y brutal que el buenazo de Teóduo Batanes de las tramas policiacas anteriores.

Desde Perú, Bernal cruza cartas con la maestra Fletcher, a la que precisamente le habla de sus deseos de ir a dar conferencias y ser profesor visitante en la Universidad de Texas. Logra lo primero y ahí conversa con su biógrafa literaria, a la que hace la siguiente reflexión por escrito:

Últimamente he estado pensando mucho en la novela hispanoamericana que inicia el camino de la crónica hacia la verdadera novela en su sentido de creación. Está sucediendo con ella lo que con la tecnología en los pueblos muy primitivos. Saltan del sistema tribal a una industria ultramoderna, sin haber recorrido el camino necesario. Por ejemplo, Zambia instala su industria textil y no empieza como es lógico, con el telar de cintura, luego el de pedal, etc., para pasar a los sistemas automáticos de ahora. Con la novela está sucediendo otro tanto. Saltamos de la crónica (eso eran Azuela, Rivera, Gallegos, Güiraldes) a la novela sofisticada europea o norteamericana sin pasar por el periodo (Dressler en USA) del gozo de la narración por la narración en sí. Nos estamos saltando todo un periodo y no sé si eso es posible. En una de las críticas a *En dife-*

rentes mundos, el crítico dice que es un buen libro, pero que debió escribirse hace veinte años. No entiendo bien el punto. Un buen libro es bueno hace veinte años o ahora.⁴⁶

También por esta correspondencia sabemos que así como para *El fin de la esperanza* tuvo que inventar una editorial, el proyecto de publicar *El complot mongol* con editorial Novaro tenía problemas en enero de 1968. No sólo por el lenguaje procaz, sino especialmente por su profundidad política, en la que justamente residía el valor de esta novela negra. Bernal relata también en esa carta las dificultades que enfrentó en 1950 para representar su obra de teatro *Antonia*, la que casi veinte años después, paradójicamente, había sido llevada ya a la televisión y recorrido todo el país gracias al teatro del Seguro Social.

Entre los planes hechos en Perú, se hallaba escribir una novela que se titularía *El santo de la isla de la desolación*; un poemario que con el título *Hablo de la paz* publicaría la editorial argentina Losada, y entonces pensaba que la editorial Aguilar de España se encargaría de *El Gran Océano* que, como ya se vio, fue una obra póstuma, publicada por el Banco de México. Lo que sí llevó a cabo la editorial Aguilar fue incluir una obra dramática de Bernal, *La paz contigo*, en la antología del teatro de la Revolución mexicana preparada por Wilberto Cantón.⁴⁷ Durante sus años de diplomático escribió dos obras teatrales más: *El asilo* y *Corrido en tres actos*.

El final, Berna, Friburgo y el irremediable traspaleo de los muertos

El 23 de mayo de 1969 Rafael Bernal recibió su traslado a Berna, Suiza. Consideraciones de tipo personal y de salud, que sabía deteriorada y

⁴⁶ R. Bernal, Carta...

⁴⁷ R. Bernal, "La paz contigo o el martirio del padre Pro", en Wilberto Cantón (coord.), *Teatro de la Revolución mexicana*, México, Aguilar, 1971, pp. 897-946.

detectado el mal desde una breve visita a Texas para dar conferencias durante sus vacaciones de junio de 1968, ayudaron a dicho traslado por intermediación de don Alfonso de Rosenzweig, por entonces director general del Servicio Exterior. También gracias a don Alfonso, se defendió Bernal contra las “cejas alzadas” que se levantaron dentro de la Secretaría por la publicación de su novela *El complot mongol*.

Instalado ya en la capital suiza fue condecorado por el gobierno del Perú, y con apoyo del embajador Federico Mariscal buscó los contactos con el medio académico local, que en todas sus anteriores adscripciones le había resultado útil y placentero. En la Universidad de Friburgo encontró tanto la masa crítica de los temas que más le interesaban entonces —la expansión de Occidente en Asia y América durante el siglo XVI—, como el grupo de autoridades y estudiosos, sobre todo laicos y religiosos, que podrían ayudarlo en sus estudios.

Tras reconocer sus méritos de inteligencia, cultura y buena pluma, la Universidad de Friburgo le abrió las puertas, “aún sin papeles grises” como diría otro poeta, de suerte que poco antes de su muerte pudo doctorarse con todos los honores —*summa cum laude*— con una tesis escrita en español, *Mestizaje y criollismo en la literatura de la Nueva España del siglo XVI*. Con ese mismo título su familia logró, 20 años después, que el Banco de México, nuevamente, sufragara su edición hoy agotada.⁴⁸

Días antes de fallecer, lo que sucedió el 17 de septiembre de 1972 en Berna, ya con el ascenso a consejero del Servicio Exterior Mexicano y habiéndose cancelado, por enfermedad, su traslado a Colonia, Alemania, Rafael Bernal le escribió un himno a la muerte y a la tierra que dice:

Me alcanza ya la muerte,
la muerte engendradora de verdades
no quiero que el maíz que resucite
de mi cuerpo poeta

⁴⁸ R. Bernal, *Mestizaje y criollismo en la literatura de la Nueva España del siglo XX*, México, Banco de México, 1993.

se pierda en el dolor
yo no tengo otra cosa que dejar
si no es la arquitectura de mi cuerpo
gastado por el tiempo y la barbarie,
dolido en soledades.

Hay quien deja sus ojos a otras caras
y quien deja sus huesos a otros huesos
¡Yo prefiero ser maíz!⁴⁹

Por disposición del propio Rafael Bernal, que odiaba lo que él llamaba con ironía “andar traspaliando muertos”, sus restos fueron sepultados en la ciudad de Berna, donde murió confortado por su vigorosa fe católica. Paradójicamente, 20 años después (cosas de la vida que él conocía), sus restos tuvieron que ser cremados para ser “traspaliados” a México, en donde ocupan una cripta en la Catedral Metropolitana. Sobreviven a Rafael Bernal García Pimentel, su viuda Idalia Villarreal y sus hijos Rafael, Francisco y Pilar Bernal Arce, y su hija María Idalia Rafaela Bernal Villarreal.

Sin duda, Bernal fue un gran diplomático de la cultura en la mejor tradición mexicana. Un “GP” de pura cepa que por su propio esfuerzo supo forjar el destino que se había trazado: el de Rafael Bernal, escritor y diplomático. A secas.

⁴⁹ R. Bernal, *Poesía reunida*, ca. 1972.









Rafael Bernal

Su nombre era muerte



EDITORIAL JUS

RAFAEL BERNAL

FEDERICO REYES
EL CRISTERO



EDITORIAL "CANEK"

MEXICO, 1941





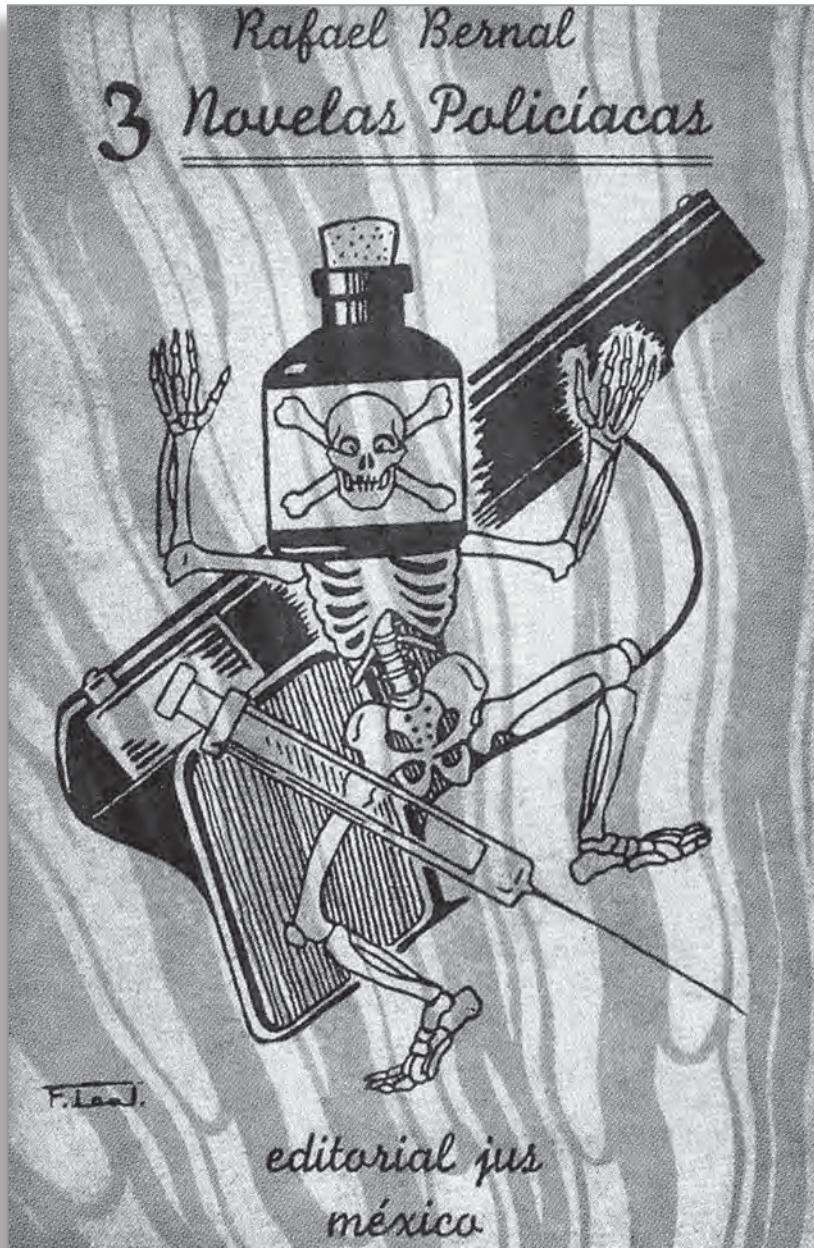
R A F A E L B E R N A L

MEMORIAS DE SANTIAGO
OXTOTILPAN



Maderas de
ABELARDO AVILA

EDITORIAL POLIS
México, 1945





RAFAEL BERNAL

EL FIN DE LA
ESPERANZA

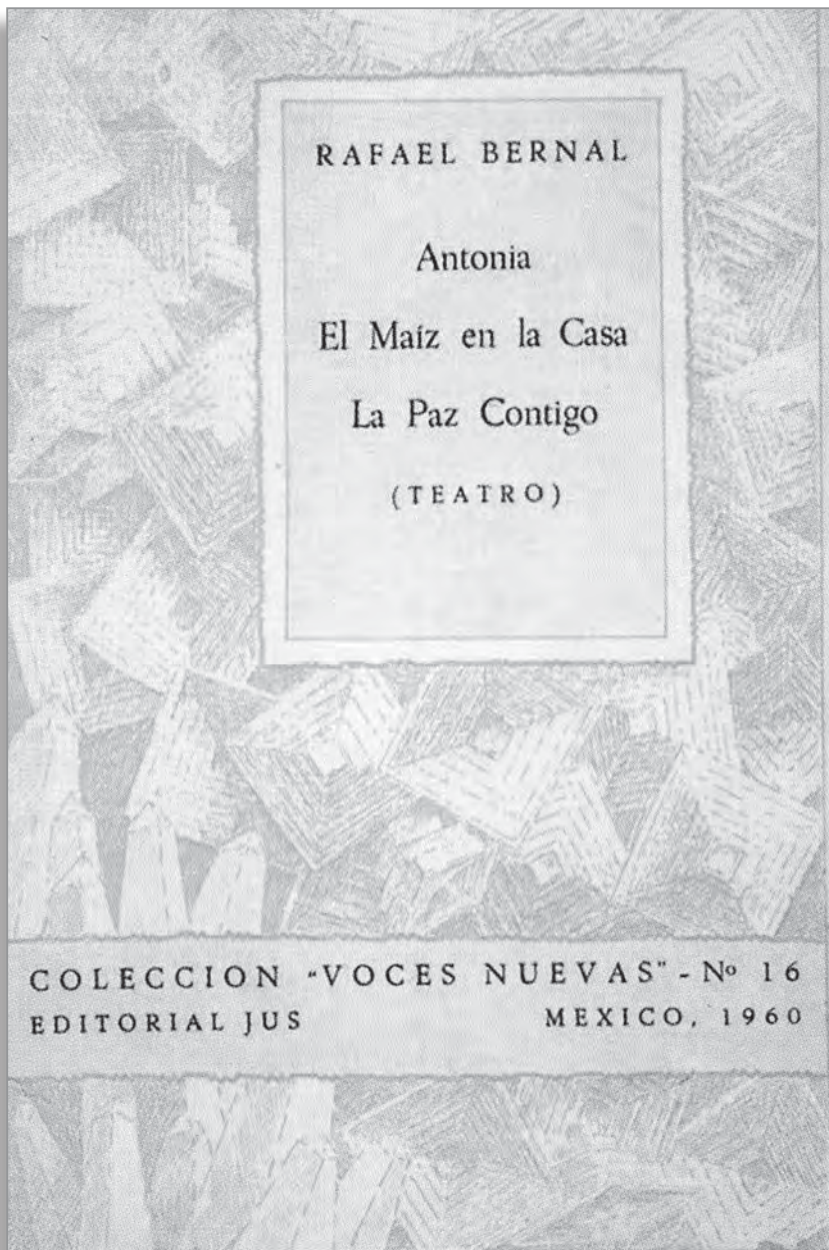
NOVELA

EDITORIAL CALPULLI
MEXICO, 1948

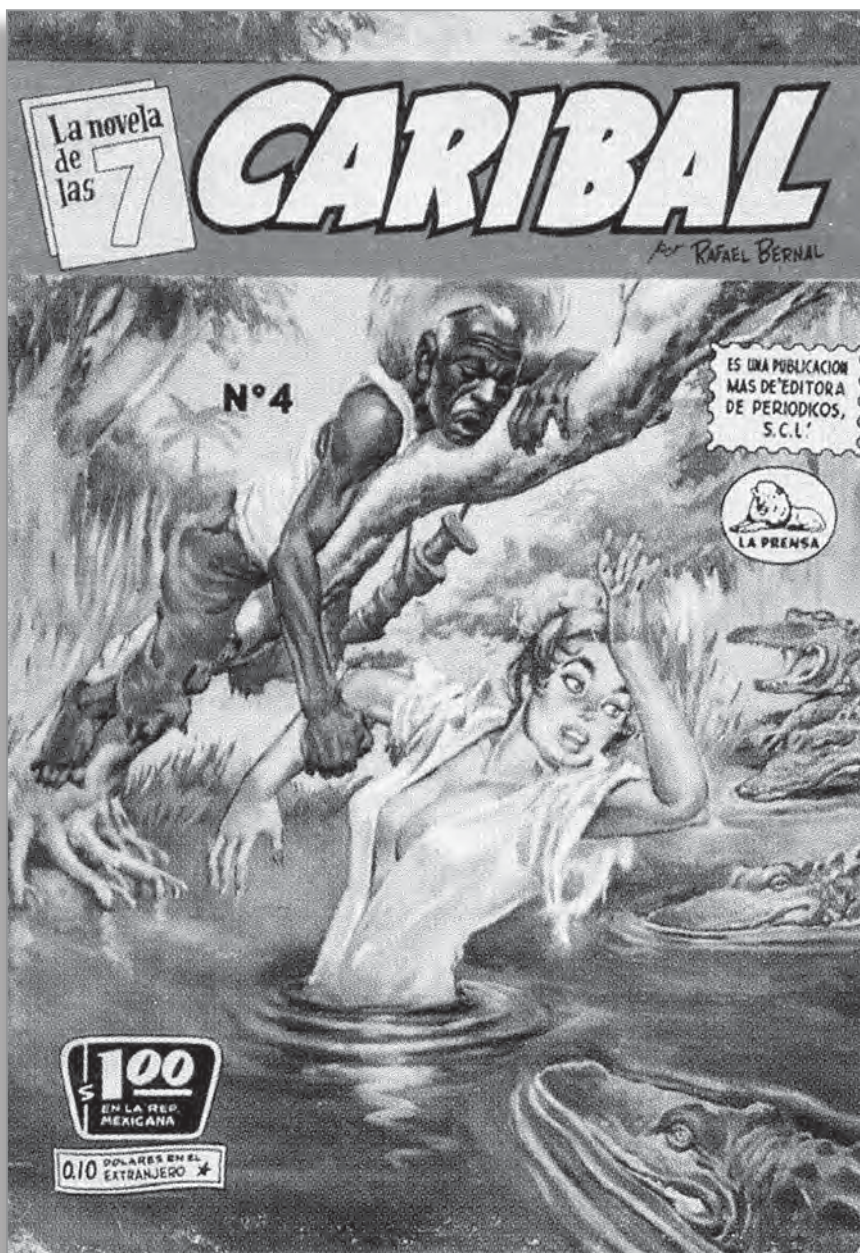




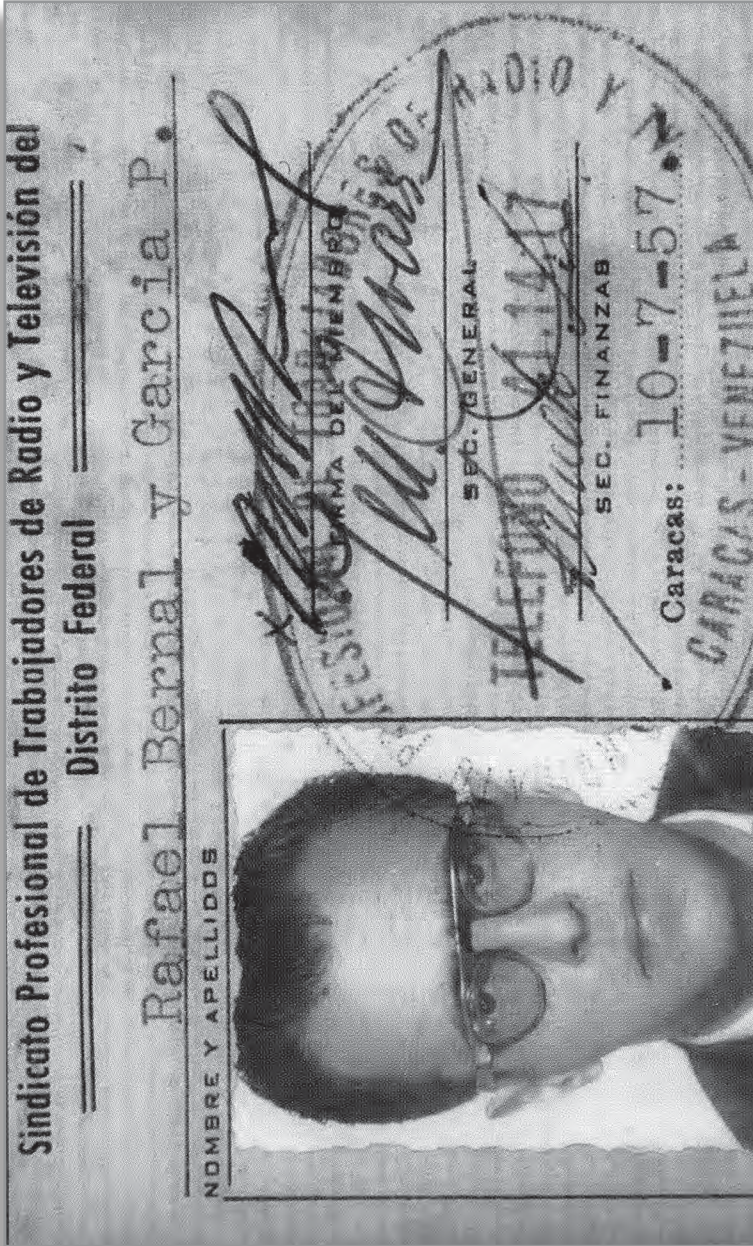














RAFAEL BERNAL

GENTE *de* *mar*



JUS
Editorial
JUS







EL GRAN OCEANO

RAFAEL BERNAL





Tierra de Gracia

por

RAFAEL BERNAL



letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONOMICA





JOAQUIN MORTIZ

En diferentes mundos

por

RAFAEL BERNAL



letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONOMICA



MESTIZAJE y CRIOLLISMO

EN LA LITERATURA DE LA NUEVA ESPAÑA DEL

SIGLO XVI

RAFAEL BERNAL



